

# LA UNIVERSIDAD POSIBLE

Venezuela tiene proporcionalmente más estudiantes universitarios que Francia, Alemania y todo el conjunto de países latinoamericanos, sin excepción. Entre nosotros, uno de cada cinco jóvenes cursa estudios superiores. Sin embargo, tenemos que importar técnicos a toda prisa. ¿Para que sirve entonces nuestro sistema educativo?

De los 3 millones ochocientos mil que componen la fuerza de trabajo solamente 76.000 tienen formación técnica, por 176.000 que tienen formación superior. Ahí está el disparate: necesitamos técnicos desesperadamente y tenemos que importarlos porque nadie quiere serlo. En cambio nos sobran graduados universitarios que no encuentran ocupación. ¿Dónde está el fallo?

“La universidad actual como único horizonte de posibilidad” (SIC, Editorial, junio 1977). Por eso nos rompemos la cabeza para encontrar salidas que no existen. Las arremetidas circunstanciales de los grupos de presión —ayer los estudiantes, ahora los empleados, mañana, ... quién sabe— determinan la urgencia y la dirección de las medidas de reforma. Pero el agujero se hace más grande por otro lado.

Existen tres maneras de abordar el problema de la universidad:

1 El pensamiento “revolucionario”, concebido en el ambiente cargado de los cubículos de izquierda. El modelo malamente utópico, sólo posible en una sociedad imposible... por ahora y para la Venezuela actual. El que concibe unas relaciones de producción limpiamente participativas y se olvida del hombre nuevo que hace falta preparar lentamente para llegar allá. El que presenta como modelo de acción revolucionaria al dirigente estudiantil, pero rehuye y desprecia el trabajo de peón, de obrero, de campesino. Este modelo busca una universidad pura y le echa la culpa al sistema normativo social de las tremendas impurezas presentes. Con eso realiza su catarsis. Y se queda tan tranquilo.

2 Quienes piensan en reformas minimalistas a las que se acogen resignada o triunfalmente las autoridades universitarias. Se trata de retocar detalles, según los momentos, para ofrecer una imagen decente al exterior. Hay dos variantes: a) el modelo autonomista, que ha pasado toda la vida democrática como un enclave ajeno a la vida nacional, desentendida de los problemas de las grandes masas, envanecida de su vitalidad interna y exigente en sus privilegios. Poco le deberá el país futuro a este tipo de universidad, ubre alimentadora de todos los privilegios de nuestras élites.

b) El modelo modernizante, que se cura en salud de problemas ajenos con filtros rígidos de excelencias académicas. Hacia allá convergen complacidos los ojos empresariales y las arcas gubernamentales. Todo funciona bien: estructuras, rendimiento, modales, limpieza... ¿Qué más se puede pedir? Mientras tanto, paredes afuera, kilómetros lejos, el país de ranchos y de mercadeos agrícolas abusivos parece un desagradable sueño importado: ¿Bolivia? ¿Haití?

3 El modelo utópico viable, el modelo posibilista. Lo exponemos sin pretensiones, germinalmente, tentativamente. Como quien sueña en voz alta y luego se pregunta si fue él quien soñó.

Partimos de un supuesto que sabemos no compartido: no todo el mundo es para doctor. Pero hoy en día todo el mundo empuja para llegar a esa meta: el despliegue ostentoso de quien lo es, la propaganda “para usted, que no quiere ser como los demás”, hasta los anhelos reprimidos de varias generaciones de madres mulatas y padres desconocidos: tú si llegarás. Es un absurdo empujar a todos a la universidad, pensar que “todos tienen derecho a ella”. Todos tienen derecho a llegar hasta donde sean más útiles, hasta donde desplieguen al máximo

sus posibilidades. Pero la universidad, la verdadera, debería ser algo de especialización, como ahora los post-gradados.

En cambio sí debe ser para todos una educación superior. Es decir, una educación que enseñe a dominar en profundidad un saber y una técnica; o, si se prefiere, un saber técnico. Cómo se fabrica un objeto, cómo se presta cabalmente un servicio, y por qué es necesario hacerlo, y para quién; y cómo repararlo y mejorarlo; y cómo participar en su distribución y en sus beneficios; y cómo integrarlo con otros saberes y otras técnicas. Educación superior, porque sigue a la básica y porque es de alta calidad. Habría cientos de especialidades (hablan de 30.000 los entendidos) y las impartirían los que realmente conocen el oficio, asociados con los que saben enmarcarlo en la tarea social de todos. Esto llevaría a una descentralización máxima, vale decir, a la verdadera regionalización. No se trata de la enseñanza libre de Guevara Rojas, en que cualquiera podía enseñar cualquier cosa. Descentralización, porque los planes de estudio y los programas serían muchos, pero todos aprobados por el M.E., máximo garante de la utilidad de los estudios. Pensamos que tres años de este tipo de educación superior, después de los estudios básicos, deben estar garantizados para todo el mundo. Y ser financiados por el M.E., es decir, por la colectividad.

Después vendrían los estudios de especialización. Que son absolutamente necesarios en toda sociedad: especialistas en electrónica, mercadotecnia, física atómica, planificadores, grandes gerentes, ingenieros especializados, arquitectos y un etcétera bien largo. Pero estos estudios no son para todos. Ni las capacidades personales ni las necesidades sociales los reclaman. Y es absurdo pensar que todos pueden aspirar a eso, porque no se debe cerrar las puertas a nadie. Como no todos aspiran a ser astronautas o cantantes de ópera. En esta especialización no se deberían comprometer los dineros del país. O no de la misma forma que en la educación superior. El que emprenda los estudios deberá pagarlos o recibir un crédito. Los puede pagar por su posición económica o porque ya trabaja en la especialidad aprendida. En algunos casos podría recibir un crédito educativo, o una beca.

Estos estudios en la Universidad serían de especialización, de perfeccionamiento en el saber técnico. Pero en ellos se haría énfasis en la vertiente social y en las relaciones interdisciplinarias. En su ubicación dentro de un proyecto nacional. El universitario saldría así doblemente especialista: en su disciplina y en una cosmovisión, hoy día ausente y necesaria.

Veamos las ventajas de este modelo:

- \* Ahorra al país un gasto impresionante, todo el que hoy día se dirige a la educación de nivel superior, que puede destinarse a mejorar la educación básica y el preescolar. Mejor atención en estos niveles significaría mayor democratización.
- \* Introduce al mercado una gran fuerza de trabajo preparada, que ya no sería una carga social. Hoy día la nación soporta la carga inútil y costosa de 300.000 personas en la mejor edad productiva, que salen a los 24 o 26 años en peregrinación buscando un puesto bien remunerado (¿quién se contenta con menos de 5.000 de entrada?), con frecuencia improductivo.
- \* Elimina aquellas carreras tradicionales sobreestructuradas, peso muerto y matriz de desajustes personales y sociales. Los organismos planificadores del gobierno central y regional determinarían las necesidades futuras de personal especializado. En función de esta planificación estaría la oferta educativa, y no como en nuestro sistema irracional, del más puro sabor liberal, en que la demanda —aun absurda— determina la oferta educativa.

Somos conscientes de que proponemos un nuevo sistema educativo, más que una nueva universidad. Universitarias quiere decir totalidad. A eso debe aspirar la actual universidad: a pensar en función de la totalidad.

La Universidad actual no pierde por ello su importancia. Más bien, queda revalorizada. Queda descargada del peso muerto de los que sólo buscan en ella una exportadora de diplomas. Puede cumplir entonces sus funciones supremas de preparar los dirigentes de la sociedad en todos los campos; de profundizar en la ciencia, la tecnología y el humanismo; de servir de puente entre el país adulto y el país adolescente; de crear cultura.

Veamos ahora las condiciones para la realización de este modelo.

- \* La rotura de viejos moldes. Para poner por obra un sistema educativo así hay que sacudir inercias intelectuales profundas. Por ejemplo, que el sistema educativo es una gigantesca agencia de empleo, en la que los cargos cuanto más altos más a cubierto están de una inquisición sobre su rendimiento. Que la vida universitaria es un paréntesis de ocio, en el que se ensayan futuros status, futuras alianzas, futuros matrimonios.
- \* Una planificación estricta, aunque suene a estatizante, que prevea con el detalle posible el monto y la especificidad de los recursos en función de necesidades reales, nuestras, a nivel regional y central.
- \* Y, sobre todo, un sistema de premiaciones para el técnico de tres años que incluya buenos sueldos, reconocimiento, prestigio social. Actualmente el técnico es un trabajador de segunda categoría, con pagos miserables en comparación con otros profesionales; y se le mira por encima del hombro. El gobierno puede modificar esa escala de remuneración y prestigio. Así se hará menos apetecible el tránsito a la universidad.

La reforma universitaria comienza en el kindergarden, ha dicho alguien. No. Comienza en la universidad misma. En el esfuerzo agónico de sus fuerzas vivas por morir a sí mismas. Para resucitar transformadas en actores fundamentales de una nueva sociedad. Más productiva, más igualitaria, más participativa. Para lograrlo tienen que renunciar a sus privilegios. Pero es la única casta que puede hacerlo. Y marcar un camino. ◉